

Sin mujeres no hay maíz, ni tortillas, ni país: una historia de resistencias femeninas.

Parte 2

Ivonne Vizcarra Bordi¹

La cocina que dio origen al mestizaje culinario en la Nueva España se forjó por la necesidad y experiencia de resistir e innovar de las mujeres indígenas. Por ejemplo, la imposición del trigo a la comida de los pueblos originarios no desplazó a los granos de maíz, y mucho menos a las tortillas del nixtamal, ni a los alimentos confeccionados con esa masa, y otros que les venían bien por su complemento (salsas, frijoles, quelites, carne de aves, insectos). Ciertamente, como parte de las estrategias de seguir siendo, se adoptó el pan de trigo y se regionalizó, e inclusive tomó formas simbólicas en distintas ceremonias y ofrendas indígenas. Hasta en épocas de penurias por guerras y clima desfavorable, la masa de nixtamal se combinaba con trigo molido para asegurar la tortilla de todos los días.



ilustración de Humberto Armanado Chávez Castañeda

¹ Instituto de Ciencias Agropecuarias y Rurales La Primera resistencia fue publicada en el artículo "Sin mujeres no hay maíz, ni tortillas, ni país: Una historia de resistencias femeninas. Parte I" Enfoque Rural, No. XXX, 2023.

Tres siglos de resistencia, principalmente femenina, lograron que la cocina mesoamericana permaneciera a pesar del avance militar de la 'conquista' española territorial, religiosa e ideológica. No obstante, la colonización imputó mecanismos de subordinación-opresión para ir reconfigurando el sistema de creencias impuesto por la Corona Española. Un sistema que incluyó discursos sobre la 'comida de indios', "tan pobre como su gente de poca carne" (refiriéndose a la delgadez de cuerpo) (Earle, 2012). No solo se asoció la comida o la dieta de la trinidad (maíz-frijol-calabaza y chile) con la constitución del cuerpo, sino con la creencia de que generaba 'pocas ideas' e inclusive; 'terquedad'. Discursos que calificaron a la identidad indígena como raza inferior a cualquier clase social y racial que se instaló en el primer siglo de la Nueva España (Trigg, 2004).

Para obtener algunos productos básicos (carne de res, puerco, carnero; leche y quesos, pan) que conformaban la comida de élites españolas, se instalaron sistemas de producción europeizados con sus propias relaciones sociales de producción. Es decir que la tierra del bien común se trasfiguró en propiedad de pocos (blancos) y los hombres indígenas pasaron a ser peones trabajadores de esas tierras, pero con nuevas técnicas que debieron aprender (yunta, por ejemplo). A la par, pero después de varios intentos por convertir las milpas en esos sistemas agropecuarios, esos señores terminaron por 'conceder parcelas' para que las y los indígenas siguieran cultivando sus propios alimentos, sobre todo el maíz. Esta supuesta concesión tenía múltiples propósitos: el maíz y el rastrojo era un buen alimento para los ganados y rebaños. Además, de que proveía energía necesaria y sin costos para sostener la mano de obra, sirvió como vehículo de sometimiento y control sobre las comunidades indígenas, restregando el

discurso moral de las buenas consideraciones del patrón blanco (gente de razón) al trabajador (indio con falta de razón) (Earle, 2012; Trigg, 2004), e inclusive se les permitió que siguieran con ciertas prácticas de labor basadas en el trabajo colectivo, vuelta mano, tequio y abrazó el trabajo de las mujeres para producir el buen maíz y las tortillas, por supuesto bajo relaciones de opresión (Vizcarra, 2006).

Este esquema colonialista también se reprodujo en las cocinas de las estancias, fincas y posteriormente en las haciendas. Las mujeres no dejaron de echar tortilla, pero ahora en las cocinas de las otras como parte de la servidumbre de la doña y del patrón blanco. Ahí, donde se les asignó un lugar invisible, se colocaron sus fogones a pie de piso para que continuaran elaborando sus alimentos para los peones. Esta relación con el fogón, en un espacio ajeno a sus hogares, no se fragmentó, por lo contrario, se convirtió en un lugar de lucha figuradamente pasiva, pues en silencio construyeron una cultura intangible culinaria de resistencia que les dotaba de dignidad material-espiritual ante la humillación y discriminación (Vizcarra, 2006).

En efecto, lo que ignoraron las y los españoles, las y los criollos y quienes en su mestizaje negaron su origen, fue de alguna manera 'afortunada', que la cultura de maíz con resguardo femenino (del trabajo de la milpa al taco) heredada de los pueblos originarios, conservaría los estatutos implícitos y fundamentales de hacer comunidad. Un legado que se encuentra interiorizado en la cosmovisión de ser y pertenecer en torno a ese grano dorado y de colores, que a pesar de la evangelización; no perdió su condición sagrada con la esencia del bien común (Vizcarra, 2001).

En este contexto, la resistencia femenina no significó rechazo a los cambios que trajo el proceso de aculturización alimentaria virreinal (europea-americana, africana y asiática) y que enriqueció el amplio recetario de comida mexicana en esta época de intercambios, pero tampoco significó la pérdida de la comida de la milpa. Más bien, se trató de una resistencia a mantener la ancestralidad de la cultura del maíz, principalmente del cómo y por qué hacer tortillas y otros platillos relacionados con la conservación de la biodiversidad (Vizcarra, 2019).

Tercera resistencia

Cada batalla que acompañó al movimiento insurgente independentista que involucró al pueblo mexicano a inicios del siglo XIX, en conjunto con las guerras internas y en contra de intereses extranjeros que obligaron a la recién clase política, a forjar un proyecto para constituir un Estado Nación, soberano e independiente, no hubiera podido sostenerse sin el protagonismo de las mujeres del campo (indígenas y campesinas).

El trabajo de Natividad Gutiérrez (1999, 2006), enfatiza en el papel no pasivo de las mujeres rurales en la construcción del nacionalismo e inclusive del patriotismo que este requería. Arrancar de sus corazones, hijos y esposos para llevarlos a una guerra que no entendían su razón de ser, para construir la patria, no solo produjo coraje y 'sufrimiento' entre las mujeres rurales del siglo XIX, sino que recuperó sus capacidades de resiliencia al saber hacer milpa y echar tortilla, y en su desdén ante escenarios de violencia y desolación, ellas también tenían que aprender hacer la Nación, sin cambiar las relaciones de opresión que se instalaron en la Colonia.

Muchos relatos cuentan que hubo hambre en el campo y en las ciudades grandes desabastos, por lo que además de la necesidad de armarse para luchar y defender 'ideales' la prioridad era

alimentar a las tropas y a la población en general. No cabe duda que sin el trabajo femenino rural como parte de su resistencia de permanecer para traer el maíz a los campamentos de batalla y a los hogares que sufrieron el paso de los movimientos independentistas y nacionalistas, la soberanía mexicana se hubiera sostendría en otros granos ajenos a México.



Fotografía de Ana Gabriela Rincón Rubio

Cuarta resistencia

La población mexicana más pobre, harta de un Estado-Nación que se decía progresista, se dejó absorber o se armó de valor para unirse a movimientos más amplios revolucionarios para derrocar a quienes en ese proyecto, beneficiaron a una clase política y económica cada vez más reducida, entre ellos a la clase del campo compuesta por hacendados y terratenientes, enriquecidos por la gracia de la explotación de la mano de obra y el apoyo de los gobiernos dictatoriales. De nueva cuenta y teniendo el gran aprendizaje que les dejó el siglo XIX, la Revolución Mexicana del siglo XX se sostuvo de los y las patriotas pobres del campo, entre las que sin ellas no se come.

"Tierra y libertad", "la tierra es para quien la trabaja", "mejor morir de pie que vivir toda una vida arrodillado", "si no hay justicia para el pueblo, que no haya paz para el gobierno", "el que quiera ser águila que vuele, el que quiera ser

gusano que se arrastre, pero que no grite cuando lo pisen”, fueron las frases que celebraban el ánimo caudillista para sostener el movimiento revolucionario entre campesinos acompañados de hermanas o esposas, quienes también aprendieron a tomar las armas además de cargar sus metates, comales y maíz, para echar tortilla y servir atole caliente a los revolucionarios. Lo que estas frases y acompañamiento ocultan, es la violencia hacia las mujeres, niñas y niños que se vivía dentro de los campamentos, como en sus tácticas de avanzada que pasaban por pueblos y

comunidades indígenas. Ellas fueron las principales víctimas de violación cuando pasaban los hombres armados, ya sea de un bando o del otro.

Experiencia que marcó sus cuerpos y reforzó el sufrimiento como parte de sus identidades femeninas, y aunque de momento las debilitó, con el tiempo, las capacidades de resistencia silenciosa se fueron fortaleciendo a través de incrementar sus relaciones de refugio sutil con la tierra, el maíz y sus fogones, a pesar de que ellas no serían las protagonistas del reclamo a la tierra, a pesar de que si la trabajan, la cuiden y la respeten.

Bibliografía

Earle, Rebecca (2012). *The Body of the Conquistador: Food, Race and the Colonial Experience in Spanish America, 1492-1700*. Cambridge: Cambridge University Press.

Gutiérrez Chong, Natividad (1999). *Nationalist Myths and Ethnic Identities. Indigenous Intellectuals and the Mexican State*. Lincoln and London: Nebraska University Press. [

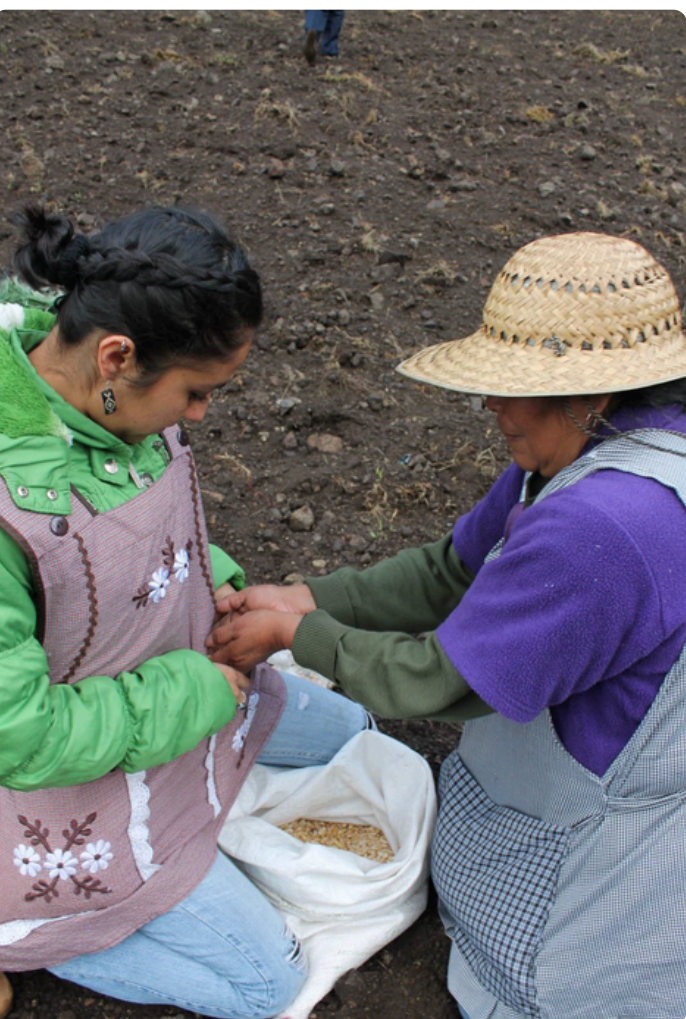
Gutiérrez Chong, Natividad (2006). *Patriotic Thoughts or Intuition: Roles of Women in Mexican Nationalism, Nations and Nationalism*. Special Issue Vol. 12 (2): 339-358.

Trigg, Heather (2004). *Food Choice and Social Identity in Early Colonial New Mexico*. *Journal of Southwest*, 46 (2), 223-252.

Vizcarra Bordi, Ivonne (2001). *Entre el taco mazahua y el mundo. La comida de las relaciones de poder, resistencia e identidades*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.

Vizcarra Bordi Ivonne (2006). *Asignación e identidad femenina campesina en la responsabilidad alimentaria: las acostumbradas actoras*. En Sesia, Paola y Zapata, Emma (coordinadoras.) *Transformaciones del campo mexicano: una mirada desde los estudios de género* (pp. 501-518), de la colección: *Los actores Sociales frente al desarrollo rural*. Tomo V. Edit. AMER, Praxis, CONACYT.

Vizcarra, Bordi, Ivonne (2019). *Género y Cultura de Maíz: en la lucha por definir otra soberanía alimentaria*. *Revista del CESLA*, (24), 101-130.



Fotografía de Ana Gabriela Rincón Rubio